

“El deseo es una amenaza, por eso rara vez cedemos a él”

Ercole Lissardi. Nacido en Uruguay, comenzó a escribir a los 45 años. Luego de una fugaz incursión en el mundo del cine, fue consolidando su voz narrativa en el terreno de la literatura erótica, de la que se sirve para explorar las fuerzas ocultas de la psiquis humana

Martín Lojo | LA NACION

Desde su blog El diario de un erotómano, el uruguayo Ercole Lissardi desafía al lector con una idea desconcertante: la Revolución Sexual no ha terminado. Mientras la industria pornográfica invade cada medio visual disponible para ofrecer “a bajo costo la ilusión de la sexualidad plena”, la reflexión sobre la naturaleza del deseo se empobrece.

“Tengo la impresión de que el resultado de esa actitud entre vagamente permisiva y vagamente reticente, entre vergonzante y pragmática con la que hoy encaramos lo sexual [...] es que no prestamos suficiente atención como para oír lo que la erótica tiene para decirnos, precisamente en estos tiempos en que nos habla hasta por los codos.” Según Lissardi, los valores de la moral victoriana regresan porque no se les supo oponer “una nueva concepción de la naturaleza de la sexualidad humana”.

La obra de Lissardi, una veintena de novelas breves en poco más de quince años, es un intento colosal por liberar al fauno encarcelado por una cultura a la vez exhibicionista y pudorosa. Sus relatos, de notable precisión y una gran variedad de estilos y registros, explora al detalle los infinitos modos en que el deseo abre una brecha sin fondo en nuestra subjetividad. De visita en Buenos Aires para presentar *El centro del mundo*, que reúne sus tres últimas *nouvelles*, el autor contó a **adn cultura** cómo cambió su identidad para que Ercole Lissardi, el erotómano, pudiese escribir.

—Desde la adolescencia tuve la sospecha de que sería escritor. Pero después, como les pasó a muchos en el siglo pasado, creí que la literatura estaba muerta y que el cine lo era todo. Entonces comencé trabajar en cine y televisión. Luego tuve que exiliarme en México, donde pude escribir algunos largometrajes y llegué a filmar uno. Pero al terminarlo vi que ese medio no era para mí. Los tiempos del cine son muy largos; un proyecto lleva dos o tres años, y yo soy una persona con otra dinámica. Escribo muchísimo, las tres novelas que publicó Planeta las terminé en cinco meses. El tiempo mental del cine no me cierra. Me di por vencido y me entregué a la vocación reprimida de escribir. Después vino el problema de desandar lo andado. Al principio no creí poder conformarme con palabras; el medio visual es muy fuerte y prepotente. Hice

un esfuerzo teórico para buscar mi camino, pero teorizar me produjo tal desesperación que me puse a escribir sin reflexiones. En 1995 salió la primera novela y, desde entonces, publiqué unas veinte.

—¿Por qué se propuso escribir sobre sexo?

—No es exactamente así, lo que me interesa es la erótica. En particular, la cuestión del deseo más que lo estrictamente sexual. En mis libros no hay grandes *performances* ni técnicas amatorias, sino gente atrapada por la fuerza del deseo. Durante mi adolescencia, en los años sesenta, el erotismo ganaba cada vez más espacio cultural y despertó mi curiosidad e interés. Hasta que, entre 1973 y 1985, la dictadura uruguaya acabó con esa apertura. Que yo sepa no podría escribir otra cosa. Cuando comencé mi trabajo, puesto que ya no existía censura de ninguna índole, fue natural llamar a las cosas por su nombre, como realmente se habla en la intimidad. De manera que desde mi primer libro el lenguaje fue absolutamente franco.

—¿Cuáles fueron sus modelos?

—En los años sesenta me deslumbró el famoso capítulo noveno de *Paradiso*, de Lezama Lima, o los capítulos eróticos del *Libro de Manuel*. Por supuesto leía ya a Miller; *Tropico de Cáncer* y *Sexus* habían sido traducidos en la Argentina. Después descubrí a otros escritores que me marcaron, por supuesto Bataille, el gran escritor de erótica del siglo XX. También el norteamericano Marco Vassi. Las pocas cosas que escribió son extraordinarias. En la mera técnica de escritura, mi mayor influencia fue el policial. En particular Ross Macdonald y Mickey Spillane, un autor de una fuerza y un desparpajo que me impresionaron desde adolescente. De Macdonald siempre me fascinó su manejo de la metáfora y la precisión de las estructuras narrativas. Me pasé meses analizando la composición de sus novelas, esos policiales que son una especie de caída en el pasado.

—En 2007, publicó en la revista *Brecha* una nota en la que diferenciaba literatura erótica de literatura pornográfica, y se definía como narrador de “relatos sobre relaciones sexuales”. ¿Qué implica esa posición?

—Fue un artículo de barricada. En una sociedad pequeña y muy pacata como la uruguaya, mi trabajo molestó a mucha gente. Las críticas solían coincidir en que, a pesar de estar bien escritas, mis novelas eran “pornografía”. En

“El objetivo de la pornografía es mostrar el acto sexual. No le interesa el contexto cultural, político ni filosófico. El consumidor de pornografía sólo quiere ir al grano, si le dan algo más lo rechaza. El arte erótico tiene un objeto que ni siquiera es visible”

Uruguay decir “pornografía” equivale a estar influenciado por el demonio. En el artículo pedía que pensáramos juntos los conceptos que se jugaban en las críticas. El objetivo de la pornografía es mostrar el acto sexual. No le interesa el contexto cultural, político ni filosófico. El consumidor de pornografía sólo quiere ir al grano, si le dan algo más lo rechaza. El arte erótico tiene un objeto que, para empezar, ni siquiera es visible. Intenta representar el deseo, una fuerza de la psiquis humana que nos lanza hacia determinadas personas como si en ellas hubiera algo esencial para nosotros. Me parece difícil equivocarse, la pornografía muestra un acto con tanto detalle como puede; el arte erótico puede mostrarlo o no, pero su tema es el deseo. Siempre menciono dos películas de mi generación que todos vieron. *Muerte en Venecia*, de Visconti, es una película erótica sin ninguna escena de erotismo físico. *El imperio de los sentidos*, de Nagisa Oshima, muestra de todo, pero su intención es probar que el deseo sin límites conduce a la locura. Son arte erótico del más alto nivel que puede producir el cine y son en extremo diferentes, pero ninguna se puede confundir con pornografía.

—En sus novelas la reflexión sobre el deseo siempre recurre a la representación sexual explícita. ¿Cuál es la importancia de ese modo de mostrar la sexualidad en el efecto que busca producir?

—La desnudez, la objetividad de las cosas, tiene un efecto muy intenso en lo que se dice al lector. Mi discurso sobre el deseo y su misterio llegaría con menor profundidad al espíritu si quitara lo que ocurre al nivel del cuerpo, que es incontestable y radical. Me interesa representar esa fuerza porque sin conocimiento no hay cambio en las convicciones del lector. De otro modo no me interesa escribir.

—¿Cómo surgieron los relatos de *El centro del mundo*?

—Los escribí entre enero y mayo de 2011. Cada novela me lleva entre veinte días y un mes. Me parece bien editarlas juntas porque muestran las vertientes más importantes de mi trabajo. El primero, “El centro del mundo”, es fantástico, afiligranado y un poco barroco. El segundo, “La diosa idiota”, muestra el sustrato de angustia metafísica que hay en mis libros, y “La educación burguesa” es el filo político que también intento explorar.

—“El centro del mundo” es un relato en cierta medida paradójico, que narra la